

viertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

Yo se las dedico á V. por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á V., por ejemplo, porque V. tiene mucho entendimiento, y, como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que V. me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos míos, y desautorizando también á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

Acepte V. mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intención con que le hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á V. como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

JUAN VALERA.

LA
VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.



No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues, ca todos ellos acabaron mal.

(GOMARA, *Historia de las Indias.*)

La escena pasa en un lugar de Extremadura, por los años de 1542.



JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de doña Brianda.

ESCENA I.

LAURA, JUANILLA.

JUANILLA.—Ya que tan poco cuidas del adorno de tu persona, deja que te coloque bien el manto. (Procura arreglárselo bien.) ¡Qué flojera! ¡Si se te cae! ¿Por qué quieres ir tan desgarrada? Es un contra Dios que, siendo tan linda, no hagas valer la belleza que Dios te ha dado. En toda Extremadura no hay más gallarda moza que tú! ¡Per-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

tinaz melancolía es la tuya! Pues no... ahora no tienes motivo. Nos faltaba dinero. Hoy nadamos en oro. Tu hermano ha traído de Indias el rescate de Atahualpa y el botín de Caxamalca, Jauja y el Cuzco. Qué más quieres?

LAURA.—Si yo no quiero nada.

JUANILLA.—Y luégo, para que la ventura sea cumplida, no contento tu hermano con traerte tantas riquezas, te trae la fama de su nombre, el brillo de sus hazañas, y te trae, por último, lo que más anhelan las niñas de nuestra edad... un marido que ni mandado hacer de encargo... con treinta años apénas, recio, brioso, bello como Adonis, y con mucha hacienda, ganada también en ese imperio que acaba de conquistar Pizarro. No comprendo tus penas; debieras estar alegre como unas sonajas.

LAURA.—Y lo estoy. ¿Por qué supones que no estoy alegre?

JUANILLA.—No lo supongo; lo veo. Tu hermano lo ve también. Y lo ve y lo lamenta el Sr. Francisco de Cuéllar, á cuyo amor no correspondes.

LAURA.—¡Ay, Juana! Yo no puedo mandar en mi corazón. Cuéllar es digno, por mil razones, de ser amado. Su gentil apostura, su valor, la misma vehemencia del afecto que me muestra, y, sobre todo, el imperio y la osadía con que su ánimo se impone y señorea á los otros, son prendas que deben avasallar y rendir el corazón de una mujer; pero el mío está muerto para los amores del mundo. Apénas ha latido y ya está fatigado. Sólo ansío el reposo. La inesperada vuelta de mi hermano, y este repentino cambio de nuestra fortuna, de adversa en próspera, no bastan á

hacermé variar de resolución. Sigo en mi propósito de cuando estaba pobre y desvalida. Quiero retirarme á un convento.

JUANILLA.—¿Qué motivos hay para tomar esa resolución, cuando todo debiera sonreírte? Tú me ocultas algo. Secreto dolor contrista tu espíritu. ¿Por qué no amas á Cuéllar? ¿Amas quizá á otro hombre?

LAURA.—No es menester acudir á la suposición de otro amor, ni es menester imaginar pena muy honda y misteriosa para explicar mi inclinación al claustro y mi despego de las cosas mundanales. Aunque sea yo indigna, ¿no puedo sentir la vocación?

JUANILLA.—Puedes... pero ya te apartará de ella tu hermano. Tu hermano ama á Cuéllar y le debe mucho; Cuéllar te idolatra; su dicha pende de que le des un sí; y tu hermano, que anhela hacer la dicha de su amigo, te persuadirá al fin á que no le dejes desairado.

LAURA.—No me hables más en eso, Juana. Me aflige y cansa el oírte. ¿Lo ves? Hasta es material mi cansancio. Casi no puedo tenerme en pié.

(Laura se deja caer como desfallecida en un sillón de brazos.)

JUANILLA.—Descansa un momento, y prepárate á recibir al Sr. Francisco de Cuéllar. (Mirando por un balcón que hay el fondo.) Asómate con disimulo. Ahora aparece por el extremo de la calle. Aunque no sea más que por curiosidad, asómate. Verás qué galán viene á visitarte. Fulgura sobre su frente, cual penacho de fuego, la esmeralda que trae en la gorra, y que, según dice el indio Cipriano, adornaba la cabeza de la principal ó superiora de las vírgenes consagradas á ese mismo sol que en este instante ilumina

la joya con sus rayos. La cadena de oro que pende de su cuello, debe de pesar unas cuantas libras. Y el vestido ¡qué pulcro y qué lujoso! de raso, y velludo todo él... ¡Si parece tu novio un emperador! El jubon y los gregüescos son morados, con respuntes de oro; los puños y la gorguera de primorosas randas; las calzas ceñidas, de punto, dejan lucir la bien formada pierna; y el lindo gaban, con mangas perdidas, está aforrado de marta. Vamos, señora, no seas de cal y canto. Mírale... ¡qué airoso viene! ¡Qué barba negra tan bien peinada y lustrosa! ¡Qué bonitos rizos! Pero... ya entra en el zaguan... Ya entró. Voy á abrirle.

(Sale Juanilla, Laura, al verse sola, exhala un hondo suspiro, y exclama):

LAURA.—Madre santísima de los Dolores! ¡Jesus mio de mi alma! ¡Tened piedad de mí!

ESCENA II.

Entra JUANILLA acompañando á FRANCISCO DE CUÉLLAR.

JUANILLA se va, y deja al hidalgo con su señora.

CUÉLLAR.—Vengo, hermosa Laura, á despedirme de vos para una ausencia, que espero sea corta. Vuestro hermano y yo tenemos negocios en Sevilla, y hemos convenido en que yo sea quien vaya á ponerlos en órden. Mucho me cuesta separarme de vuestro lado: os amo más cada día; pero conozco que esta separacion es conveniente. Libre así del asiduo ahinco

con que os visito, sirvo y pretendo, podreis meditar mejor en lo que os está bien hacer; y luégo no sereis acaso tan dura conmigo.

LAURA.—Creedme, Sr. Francisco de Cuéllar, yo no puedo ser dura con vos, porque no soy ingrata. Grande es la honra que me haceis en ofrecermé vuestra mano: yo os lo agradezco...

CUÉLLAR.—Pero no lo aceptais. ¿Amais á otro, Laura?

LAURA.—No, Cuéllar. Si mi alma fuese capaz de amar, os amaría.

CUÉLLAR.—Las mujeres teneis mil melindres y os forjais mil dificultades fantásticas que los hombres no entendemos. ¿Por qué no ha de ser capaz de amar vuestra alma? Yo he oido decir que el ángel de las tinieblas es el único sér incapaz de amar. Vos, que sois lo contrario; vos, que sois un ángel de luz, ántes que al desamor, debeis sentir os propensa á enamoraros! Y la gratitud, Laura, que confesais deberme, es excelente preparacion de amor. Poco os falta ya para amarme, si es que me estais agradecida. Poned buen talante y me amareis al cabo. ¿Callais? ¿Nada me respondeis?

LAURA.—¿Qué he de responderos que os plazca? Sois discreto y valiente, estais rico, volveis de Indias cubierto de laureles; mi hermano quiere que yo sea vuestra; si yo me sintiera inclinada á amar, á nadie amaría mejor que á vos; pero ¿qué quereis? Me duele decíroslo. Os pediré perdon de rodillas si os agravió diciéndooslo. No os amo.

CUÉLLAR.—Repito que amais á otro hombre. Teneis miedo por él, y por eso no me lo confesais. Yo sabré

quién es mi rival. Yo me vengaré de quien me roba vuestro afecto.

LAURA.—Sosegaos, Cuéllar. No dudeis de mi sinceridad. No amo á criatura alguna con ese amor exclusivo. No teneis rival de quien vengaros.

CUÉLLAR.—¿Cómo, por qué destruir entónces todas mis esperanzas, por tantos años y en medio de tantos peligros, alimentadas y acariciadas? Erais muy niña, apenas erais mujer, cuando os ví por vez primera y os amé ciegamente. ¿No me recordais de entónces? ¿Ni siquiera me recordais?

LAURA.—Sí, Cuéllar: recuerdo cuando vinisteis con mi hermano desde Salamanca. Estuvisteis aquí cuatro días y os fuisteis á Sanlúcar á embarcaros para las Indias. ¿Cómo no recordar aquellos tan amargos instantes en que mi hermano me abandonaba, quizá para siempre, yendo á traves de los mares á tierras desconocidas y remotas, entre gentiles, á buscar fortuna y á hallar acaso la muerte?

CUÉLLAR.—Pues bien, Laura: ya que recordais aquellos instantes, sabed que desde entónces os amo. Mi vida había sido hasta allí, como la de vuestro hermano, un delirio sin tregua, una bacanal espantosa. Estudiando ámbos en Salamanca, nos hicimos amigos, no para estudiar juntos, sino para ser juntos más que traviesos y bulliciosos. Fuimos el escándalo de la ciudad. La poca hacienda que ambos teníamos se consumió en deportes. No tuvieron número nuestras pendencias. La suerte siempre nos fué propicia en las armas, pero en el juego nos fué contraria. Perseguidos entónces por usureros, sin recursos y sin ganas de estudiar, nos llenamos de codicia y de férvido deseo de

gloria al oír contar los descubrimientos y conquistas que andaban haciendo los españoles en las Indias de Occidente, y determinamos irnos por allá en busca de los bienes que por acá nos negaba el destino. Yo no quise despedirme de nadie. Estaba mal con mi padre, que vivía aún, y no fuí á verle por mil motivos: entre ellos, á fin de que no estorbase mi atrevida determinación. Vuestro hermano, huérfano de padre y madre, quiso venir por aquí á veros ántes de partir, á despedirse de su tía doña Brianda, á quien os dejó confiada, y á allegar algunos mezquinos recursos. Tal fué la ocasion de que nos viéramos. Vuestra vista fué una revelacion para mí. El amor brotó de repente en mi alma y echó en ella profundas raíces. Yo no había tratado sino con aventureras infames, y en vos ví á la mujer que imaginan, si no logran verla, los corazones enamorados: inocente, pura, hermosa, discreta aunque tan niña...

LAURA.—¡Ah! ¡Callad por piedad, y no me atormentéis! No merezco tanta estimacion de vuestra parte...

CUÉLLAR.—Desde entónces, sin declarároslo, porque no me atreví ni era aquella ocasion de declarároslo, me consideré como vuestro Amadís y fuísteis mi Oriana. Para vos ambicionaba la nombradía; para vos codiciaba las riquezas. En las tempestades de la mar os veía cual estrella solitaria que me guiaba desde la bóveda celeste entre las rotas nubes. En la isla infernal me alimentaba vuestro recuerdo, y me daba fuerza para resistir la sed, el hambre y la inclemencia de los elementos. Por los desfiladeros horribles de la sierra, por las sendas escabrosas, donde sólo la hen-

dida pezuña del llama y el pié desnudo del indio se diría que podían sostenerse sin resbalar, iba yo tranquilo, á caballo, abrumado con el peso de mis armas, porque vos érais el ángel que me sostenía para no hundirme en el hondo precipicio. En las crestas nevadas, donde hace su nido el condor, donde no había árboles con que encender una hoguera, donde muchos infelices compañeros, y hasta los indios que nos guiaban morían de frío, la sangre se agitaba en mis venas, porque el fuego de vuestro amor ardía en mi corazón, y por ellas se difundía. En los trances de mayor peligro, en las fatigas más rudas, despues de encomendarme á Dios, á vos me encomendaba, como si fueseis mi ángel custodio ó el santo de mi devoción, abogado mio en el cielo.

LAURA. (Aparte.)—¡Dios mio! ¿Por qué no arrancais este amor del corazón de Cuéllar? Harto sabeis que no debo pagar este amor.

CUÉLLAR.—Ya veis, Laura, cuánto os he amado. Pues ahora os amo más aún. Vuestro desvío irrita, enciende mi pasión. No hay obstáculo que me arredre. O he de conquistar vuestro corazón ó he de morir en la demanda.

LAURA.—No sé qué contestaros, señor. Vuestras palabras me lisonjean y me asustan.

CUÉLLAR.—Aquí viene vuestro hermano.

ESCENA III.

Dichos, RIVERA.

RIVERA.—Veo que siguen los melindres de Laura. Merecería que la olvidases y despreciases.

CUÉLLAR.—No ofendas á tu hermana, Rivera. El amor no se impone. Me basta con la certidumbre que ya tengo de que ella no ama á otro. Sin más rival que Dios, el mismo Dios me ayudará, con el tiempo, á conseguir su amor. Aguardaré con resignación y firmeza. Adios, Laura. Dentro de media hora saldré para Sevilla. Pensad en mi amor, y, si por mí no me amais, amadme por el amor que os tengo.

LAURA.—Estimo tanto, noble Cuéllar, vuestra persona como vuestro amor. Mi mayor infortunio es no poder deciros con el corazón, que os amo y que soy vuestra.

CUÉLLAR.—Adios, Laura.—Adios, Bartolomé. (Cuéllar va á salir.)

RIVERA.—Voy á despedirte.

CUÉLLAR.—No te molestes. Todo está preparado y parto en seguida. No tengo más que ponerme en traje de camino. Adios. Te ruego que no vengas.

RIVERA.—Adios, pues. (Vase Cuéllar.)

ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desden, hermana, me tiene más disgustado cada día. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de doña Irene: vete al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Véte con Laura. Doña Irene os espera.

(A Laura.) ¿Y tu tía?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de doña Irene me aguardará ya también.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adios, hermano.

(Vánse Laura y Juanilla.)

ESCENA V.

RIVERA solo.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio, que

debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.) Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Serenémonos.

ESCENA VI.

RIVERA, el PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

RIVERA.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

EL PADRE.—Dí lo que gustes.

RIVERA.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesión.

EL PADRE.—Desde hace tres años.

RIVERA.—¿Queréis la bien?

EL PADRE.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimación y cariño.

RIVERA.—Conocereis sus pensamientos y su vida.

EL PADRE.—Su alma es un libro abierto para mí.